

## **ENSAYO DE ORQUESTA**

### **Por Abelardo Sánchez León**

Los que tuvimos la suerte de estudiar en la Universidad Católica entre 1964 y 1966, en esos años dorados de Letras, en pleno corazón de la plaza Francia, caminando por Camaná y Quilca, hojeando libros y tomándonos nuestros primeros tragos por aquí o por allá, jamás olvidaremos la lección de vida que nos dio la Orquesta Sinfónica Nacional bajo la batuta del menudo maestro mexicano Luis Herrera de la Fuente. Los viernes, de noche, acompañaba a mis padres a la platea, pero lo que más me gustaba era ir los domingos a las once de la mañana a la cazuela del teatro Municipal, donde estaban todos, Sara María Talleri, Igor Larco, Enriqueta Beleván, Manuel Piqueras, Susana Villarán, Sara Pait, María Isabel Aramburú, a gozar de la música. Y esa Orquesta Sinfónica sí que tocaba como los dioses. El recordado José Durand, su amigo, fue quien lo trajo. El maestro Herrera de la Fuente no vivía en Lima, sino que venía unas semanas antes de cada función.

La crisis por la que atraviesa la cultura en el país, especialmente la música, nos llevó a conversar con Armando Sánchez Málaga para que con su prodigiosa memoria nos refrescara la historia de cómo se ha desarrollado la música en Lima, porque no se puede hablar, así, de manera genérica, del Perú.

A pesar de que en 1912 se creara la primera institución oficial de enseñanza musical en el Perú, denominada Academia Nacional de Música y Declamación, no es posible referirnos, en estricto sentido, a un desarrollo musical en la ciudad. En aquellos años se enseñaba básicamente a tocar piano y se dictaban clases de canto. Eran simples intérpretes. No se formaban artistas como sucedía en la Escuela de Bellas Artes, ni se polemizaba, tal como fue el caso de la pintura a raíz del retorno al país de Ricardo Grau, que discutía a fondo con los indigenistas. Posteriormente la institución se denominó Academia Nacional de Música «Alzedo» y en 1946 se convirtió en el Conservatorio Nacional de Música.

En 1932 se nombró director a Carlos Sánchez Málaga, padre de Armando, un músico de veintiocho años que veinticuatro años más tarde se convertiría en el fundador del Conservatorio. Su primera gestión duró sólo seis meses y fue expulsado de la dirección de la Academia por apro-comunista, impidiendo así una reforma de los objetivos y la metodología de enseñanza. En 1934, Carlos

Sánchez Málaga asumió la dirección del Instituto Bach, con mayores preocupaciones artísticas, por cierto, en cuyo primer piso funcionaba la Peña Pancho Fierro. En 1946, bajo el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, la Academia de Música Alcedo – un apéndice de la Filarmónica – se convierte en el Conservatorio Nacional de Música, donde sí se enseñará composición y ese será un año clave en la educación musical en Lima. En 1938 se había creado la Orquesta Sinfónica Nacional, durante el gobierno de Benavides, porque al Mariscal le encantaba el **Bolero** de Ravel. Buen motivo en todo caso, ya que no debemos olvidar que, aunque suene paradójico, los militares se han preocupado más que los gobiernos civiles por la enseñanza formal del arte en el país. La Junta Militar de 1964 creó la Casa de la Cultura y el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado la transformó en el Instituto Nacional de Cultura.

En 1938, el proyecto de una orquesta estable fue más factible porque vino de Chile el director vienés Theo Buchwald. Esos fueron los grandes años, los años de gloria, entre 1938 y 1946, período en que visitan Lima solistas extraordinarios. Entre los pianistas encontramos a Claudio Arrau (interpretaba los cinco conciertos de Bethoven y las sonatas), Arthur Rubinstein, Gyorgy Sandor, José Iturbi, Friedrich Gulda. Entre los violinistas encontramos a Jacques Thibaut, Mischa Elman, Zino Francescatti, Jaime Laredo. Entre los cellitas, a Gaspar Cassadó y Pierre Fournier. Además del guitarrista Andrés Segovia y el arpista Nicanor Zavaleta. Igualmente, venían grandes directores de la talla de Erich Kleiber, Fritz Bush, Antal Donati, Jean Morel, Hermann Scherchen, Sergiu Celibidache, Sir Malcon Sargent y Peter Maag, la mayoría de ellos judíos que huían de las barbaridades de la Segunda Guerra Mundial.

No debemos olvidar que muchas piezas eran verdaderos estrenos en Lima, pues por primera vez se representaban en vivo. Hoy en día ocurre lo opuesto. La gente no va a la Sinfónica y prefiere quedarse en casa a escuchar excelentes reproducciones. Este cambio nos debe llevar a una idea de fondo: la Orquesta Sinfónica Nacional debe redefinir su rol en la sociedad, convertirse en un vehículo de divulgación musical entre los jóvenes y cumplir, sobre todo, un papel educativo.

Durante la dictadura de Odría (al general de la alegría le gustaba otro tipo de música, más bien de jarana y farra) se origina una crisis debido a la fuga de los músicos. Muchos de ellos se instalan en los Estados Unidos. En 1960 su director fue un alemán poco

fino pero chancón, llamado Gunther Mommer, que trajo consigo a varios músicos de su país. En 1964 se origina otra crisis a partir de la renuncia de Armando Sánchez Málaga, que tenía la idea de traer músicos de afuera y modificar los programas. Es a raíz de esta crisis que viene el director mexicano Luis Herrera de la Fuente, que también traería músicos del extranjero. Después de la partida del maestro mexicano hay una infinidad de crisis, de conflictos y de cambios que pueden resumirse más o menos así: José Belaúnde Moreyra (actualmente trabaja en un banco, es decir, dejó la música ) y luego, de manera conjunta, Carmen Moral y Leopoldo La Rosa. Actualmente la OSN (más parecido a un SOS) está bajo la dirección de José Carlos Santos. La situación es crítica, hay éxodo de instrumentistas nacionales y extranjeros, existen deficientes condiciones de trabajo.

El abandono en el que se encuentra la OSN nos remite a una concepción que todavía prima entre nuestros políticos. En 1945, en los años de gloria, en la discusión del presupuesto para ese año, dos diputados atacaron acremente a la OSN señalando uno de ellos que la orquesta ejecutaba «música de pacotilla», que desafinaba, que no trabajaba y que bastaba con contratar a sus integrantes por cortos períodos y que pasaran a depender de Radio Nacional. Radio que estará siempre asociada en mi memoria de niño a la presencia del compositor y director nacional Luis Pacheco de Céspedes.